

## XIV

### LOS MOZARABES

El peculiar desarrollo histórico del problema religioso en las comarcas de Berja y Dalías y en toda la Alpujarra durante la dominación musulmana y después de la conquista del reino de Granada hasta la expulsión de los moriscos le presta un especial interés. Dos fases antagónicas. La primera presenta a la minoría mozárabe sumergida durante varios siglos en la masa musulmana. En la segunda es la minoría morisca, inquieta y rebelde, la que se encrespa hasta alzarse en armas y ser desarraigada y arrojada fuera. En ambas fases el protagonista es la población autóctona ibérica, muy romanizada en la primera e intensamente islamizada en la segunda.

Si la resistencia y abierta rebelión de los muladíes y mozárabes del Sudeste no consiguió formar un estado cristiano independiente, fue por la falta de un jefe con sentido político. Y por la división del pueblo, mayoritariamente hispanorromano y cristiano, en muladíes y mozárabes, es decir, en neomusulmanes y cristianos, que se odiaban entre sí tanto o más que a los invasores. Ambos grupos defendían su posición; los muladíes su islamización, los mozárabes su fidelidad a la fe cristiana. Se unieron tarde contra los invasores.

En el Sudeste una gran mayoría de los cristianos se mantuvo firme en su fe. Simonet atribuye su constancia a que habían sido instruidos más profundamente en los principios de la religión cristiana y ya vivían más intensamente. Durante cinco siglos los mozárabes, sumergidos en la masa musulmana, fueron perdiendo vigor espiritual por su aislamiento y

«faíta de doctrineros», que dice Pedraza y de medios para formar a sus sacerdotes y dirigentes. Se aceleraron las apostasías por egoísmo, por contagio del sensual materialismo musulmán y por la progresiva ignorancia a que estaban irremediabilmente atados, hasta que la cerril intransigencia almorávide y almohade, que no representa a la ortodoxia islámica, sino que es un exagerado puritanismo herético, dio el golpe mortal al mozarabismo. Cuando los Reyes Católicos llegan a Granada, de los mozárabes queda el nombre y el recuerdo.

Dice Isidoro de las Cagigas que el mozarabismo tuvo su razón de ser en la *dimma* islámica, que emana de un precepto legal, inmutable y terminante: «La gente del libro revelado (cristianos y judíos) gozan de la protección del pacto, no por la voluntad o capricho de este o aquel jefe, sino por la decisión protectora del propio espíritu de la ley musulmana». Los movimientos heterodoxos —fatimies, jariyies, siies— eran los únicos que podían violentar los pactos legales del credo musulmán.

El mozarabismo español tiene sus antecedentes en las comunidades cristianas de las naciones conquistadas por los árabes, los rumíes y nasradíes orientales, los qibt de Egipto, los afarit de Túnez, a los que se concedieron los beneficios de la misma ley musulmana. En España cristianos y judíos gozaron por capitulación de tales beneficios. Los historiadores musulmanes les llaman *ayan*, palabra que significa los extraños, los no árabes.

Inmediatamente después de la invasión los mozárabes continuaron viviendo en el interior de las ciudades y los invasores ocuparon los arrabales extramuros. Después los musulmanes, árabes y españoles, se adueñaron de las ciudades y refegaron a los mozárabes a los arrabales. Los mozárabes conservaron su organización municipal con jefes elegidos de entre ellos. Su autoridad principal se llamaba defensor, protector, *comes* y en árabe *sajj al-madina*; el cobrador de impuestos era el *exceptor*; llamaban al juez censor, en árabe *qadi-n-nasara*, juez de los nazarenos; la ley que usaban era el *Liber Judicum* o Fuero Juzgo. Cuando surgían litigios entre cristianos y musulmanes, aquellos quedaban sujetos a la ley de éstos.

Los mozárabes conservaron tres sedes metropolitanas —Sevilla, Toledo y Mérida— y dieciocho sedes sufragáneas, entre las que se mencionan Urci (Pechina), Acci (Guadix) y Elvira (Granada). Berja, Dalías y Adra pertenecían a Elvira y Enix, Felix y Vicar a Urci, pues las divisiones eclesiásticas desde el tiempo de Constantino estaban calcadas sobre las civiles romanas, divisiones que los musulmanes conservaron para las *coras*, y la linde occidental entre las diócesis de Urci y Elvira arrancaba de Punta Entina, subía a la sierra de Gádor pasaba por entre Santa Fe y Alhama, subía por Gérgal a los Filabres y bajaba a Agua Amarga. Esta linde se ha mantenido hasta hace unos años.

Llamaban *matran* al metropolitano, *usqui* al obispo, *qiss* al sacerdote y *rahib* al monje. Los monasterios eran numerosos. La cultura de los mozárabes fue en un principio superior a la de los árabes. Hablaban un latín muy corrompido, que dio origen al romance hispano y aprendieron el árabe. El nombramiento de obispos y la convocatoria de concilios solían hacerlos los príncipes cristianos; pero a veces se los reservaron los califas de Córdoba.

Durante el siglo octavo los mozárabes tratan de adaptarse a la nueva situación, en el siglo noveno su patriotismo se exalta frente a los invasores y se alzan con los muladíes rebeldes, en el décimo se someten y conviven en el califato cordobés, en el undécimo gozan de paz bajo las taifas beréberes y eslavas, en el duodécimo los almorávides restringen la tolerancia y los almohades llevan su odio hasta la persecución fanática. En este último siglo la emigración a los reinos cristianos del Norte, las apostasías aceleradas por las persecuciones y los destierros al Norte de Africa impuestos como represalia por los almorávides acaban con la minoría mozárabe. Durante su pervivencia lo mozárabe fue uniforme y constante. Cuando grupos mozárabes pasaban a Castilla, se mantenían por iniciativa propia y los mantenían adrede aislados de los otros cristianos, pues el aislamiento en que habían vivido de las otras comunidades cristianas hispanas les habían conservado costumbres y ritos desaparecidos ya en la España cristiana, extraña para ellos como ellos resultaban extraños a los otros españoles.

El moro Rasis en su descripción de España dice que ésta «tiene al mediodía la asperísima sierra del sirgo (las Alpujarras), que mucho tiempo estuvieron por los cristianos». Los naturales de la Alpujarra y los que se refugiaron en ella huyendo de los invasores vivieron con más libertad su fe cristiana, conservaron más vivo su patriotismo y durante el siglo noveno formaron el núcleo más resistente de las huestes del malagueño Ibn Hafsum contra los emires de Córdoba. «Mucho tiempo después de haber conquistado los alárabes España —dice Mármol— se defendieron los cristianos en las asperezas de aquellas sierras y si los sujetaron, fue con que los dejasen vivir en nuestra fe».

Con los primeros emires dependientes de Damasco los mozárabes vieron respetados los pactos que los protegían y sus comunidades se robustecieron a pesar de las circunstancias en que tenían que desenvolverse. El reinado del primer emir independiente, Abd al-Rahman I transcurre entre rebeliones y guerra civiles; sólo se abstuvieron de crearle dificultades mozárabes y judíos. Durante el reinado de los siguientes emires omeyas el estado musulmán español llegó a parecer irremesiblemente perdido por las discordias y luchas intestinas que lo corroían. En tal ambiente mozárabes y muladíes se dejan llevar por la exaltación mística de la indepen-

dencia patria, disimulan los odios y rencores que los separaban y se rebelan contra los emires cordobeses. Lós sujeta Abd al-Rahman III que se proclama califa y pacifica los dominios de la España musulmana.

La comunidad mozárabe, a pesar de la represión brutal del califa cordobés, que mandó degollar a los cristianos rebeldes de Fiñana, Jubiles y de toda la Alpujarra, era poderosa aún cuando llegaron los almorávides, domina las comarcas de Granada y Pechina. Un obispo de Pechina, llamado Genesio, asiste a un concilio celebrado en Córdoba, en el que se examina la doctrina herética del obispo malagueño Hostegesis. Los mozárabes de Pechina conservaban los restos de San Indalecio. Los Anales Toledanos Priros dicen: «Mudaron el cuerpo de San Indalecio de la ciudad de los moros, que avía nombre Urcitana, a San Juan de la Peña en el monasterio, quinto calendas de abril era 1022», que se corresponde con el año 1034. Zurita añade que fue «con gran solemnidad recibido el Jueves Santo de la Cena por el abad del monasterio llamado Sancho, hallándose presentes el rey don Sancho y el infante don Pedro su hijo». Reinaba en Almería Almoznacín, se encargó del traslado el jefe de su guardia, don García, el mismo que había organizado la defensa de la costa y dejó nombre a una de las torres construidas por él: Torregarcía.

No podemos decir otro tanto de los restos de San Tesifón. No conocemos las circunstancias de su muerte ni tenemos la más ligera sospecha de la suerte que corrió su cuerpo. García y Bellido dice que el sarcófago encontrado en Berja pudo servir de ara en una iglesia local y por lo tanto contener los restos de un cristiano venerado como mártir y nos viene a la mente San Tesifón, que no fue confesor como sus compañeros los Varones Apostólicos, sino que murió martirizado por algún tiranuelo local, por lo que sus devotos, tres siglos después, le dedicaron el célebre sarcófago.

Los musulmanes españoles se contagiaron de la intransigencia fatimí. Ya en el año 976 un historiador oriental, Ibn Hawqal, proponía la destrucción de los mozárabes. Los almorávides comenzaron la empresa. Como represalia por la incursión realizada en el 1125 por el rey aragonés Alfonso el Batallador, destruyeron muchas iglesias en las comarcas de Granada y Almería y llevaron a Marruecos grandes contingentes mozárabes con sus obispos y sacerdotes. Otros muchos se fueron con el rey aragonés. Los almohades completaron la destrucción.